

Tiéntame sólo tú

Elena Montagud



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#TientameSoloTu

Colección: Tombooktu Erótica
www.erotica.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com
Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Tiéntame sólo tú*
Autor: © Elena Montagud

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño de cubierta: Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:
© 2015 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-72-7
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-15747-73-4
ISBN Digital: 978-84-15747-74-1
Fecha de publicación: Septiembre 2015

Impreso en España
Imprime: Servicepoint
Depósito legal: M-18961-2015

A todas las tentadoras
que han estado ahí desde el principio,
a las que se unieron después y a las que llegarán.
Gracias por permanecer a mi lado.

Índice



Capítulo 1	11
Capítulo 2	19
Capítulo 3	31
Capítulo 4	41
Capítulo 5	55
Capítulo 6	69
Capítulo 7	81
Capítulo 8	91
Capítulo 9	105
Capítulo 10	117
Capítulo 11	133
Capítulo 12	149
Capítulo 13	161
Capítulo 14	175
Capítulo 15	185
Capítulo 16	197
Capítulo 17	209

Capítulo 18	223
Capítulo 19	233
Capítulo 20	245
Capítulo 21	255
Capítulo 22	265
Capítulo 23	273
Capítulo 24	285
Capítulo 25	295
Capítulo 26	305
Capítulo 27	315
Capítulo 28	323
Capítulo 29	335
Capítulo 30	347
Capítulo 31	355
Capítulo 32	365
Capítulo 33	373
Capítulo 34	385
Epílogo	391

1



La figura de la mujer se perfiló en el horizonte. El mar estaba embravecido y el niño pensó que era el momento idóneo para usar la cámara de fotos que le había regalado mamá. Por supuesto, ella sería la protagonista de la imagen. Mamá era demasiado hermosa; una belleza inalterable, con reminiscencias de dama de otra época.

Papá no había acudido a la playa con ellos porque tenía mucho trabajo en el despacho. Pero no importaba en absoluto: a él le agradaba pasar tiempo a solas con mamá, que ella le contase esas historias que le hacían soñar con lugares fantásticos, repletos de seres jamás vistos. Mamá tenía una capacidad asombrosa para inventar cuentos y todos ellos fascinantes. Mamá en sí lo era.

—¡Cariño! Ven a darte un baño —lo llamó desde el agua, inclinada hacia delante para sujetarse el vestido que a punto había estado de mojarse.

El chiquillo se acercó a la orilla con la enorme cámara en sus manos. Rozó el agua con la punta de los dedos de uno de sus piececillos. Dio un respingo y arrugó las cejas.

—¡Está muy fría! —se quejó en un chillido de niño mimado.

Ella rio de esa forma que a él tanto le gustaba. En su risa se mezclaban decenas de campanitas chispeantes. Caminó hacia el niño, levantando pequeñas olas a su paso.

—¡Espera! —gritó él.

La mujer se detuvo con un gesto de sorpresa en el rostro.

—Voy a hacerte una foto —le dijo el muchacho, sin poder contener la emoción que le desbordaba—. Quédate ahí donde estás, porfa.

Ella asintió con la cabeza y permaneció quieta con su hermosa sonrisa pintada en el rostro. Esa era otra de las cositas que tanto le gustaban de mamá: su naturalidad, esa espontaneidad que iluminaba cada uno de sus movimientos. Y en especial, le agradaba que mamá le tomara tan en serio.

Se llevó la cámara al rostro y se concentró en sacar la mejor foto. Quería retratar a su madre como lo que era: un ángel brillante. Al pulsar el botón, una sensación de nerviosismo le invadió el vientre. No podía esperar a que la foto terminase de salir; necesitaba verla ya.

Su madre se colocó a su lado y le apoyó una mano en el huesudo hombro. Él la miró con los ojos muy abiertos, preñados de emoción infantil.

—Vamos a ver qué tienes ahí... —La mujer cogió la foto y a continuación la agitó en el aire. Segundos después, ambos la observaban muy concentrados. Ella dibujó una sorprendida sonrisa—. Esto es maravilloso, cariño —murmuró.

El niño la miraba aguantando la respiración. Que ella aprobara su trabajo era lo más importante del mundo.

—Mira qué hermosa estoy. —Se señaló a sí misma en la imagen—. El horizonte se ve misterioso a mi espalda. —Movié sus ojos de un azul intenso y los clavó en los del pequeño. Se parecían tanto que, a veces, el corazón se le encogía, como en ese mismo instante—. Tienes mucho talento, ¿sabes? Estoy segura de que vas a conseguir lo que te propongas.

—Quiero ser el mejor fotógrafo del mundo para hacerte fotos por siempre jamás —dijo él, poniéndose colorado.

Ella le revolvió el cabello castaño oscuro mientras reía. Se acuclilló y le entregó la foto. A continuación, lo escrutó con fijeza. El chiquillo se estremeció ante esa intensa mirada, aunque no supo muy bien los motivos. Había algo en los ojos de su madre que le confesaban que no todo marchaba bien. Pero decidió no preguntar nada porque a ella no le gustaba hablar de cosas malas.

—Tú ya eres mi fotógrafo favorito —le dijo con voz suave—, pero estoy segura de que lo serás de muchas más personas. —Sus ojos brillaron. Depositó un beso en la mejilla del chico.

—¿Dejarás que te haga fotos toda la vida? —preguntó con el rostro iluminado.

—Claro, cielo.

La mujer le quitó la cámara de las manos y la depositó en la toalla con dibujos animados. Después metió la foto en su bolsa playera y cogió la mano del pequeño. Caminaron con lentitud hacia la orilla, al tiempo que ella le señalaba el horizonte que empezaba a teñirse de carmesíes.

—No puedo ser más feliz que en este preciso instante, cariño. ¿Ves toda la hermosura que nos rodea?

El chiquillo asintió, permitiendo que su madre lo introdujera en el agua. Se inclinó para rozar las olas con una manita, sin soltar la otra de la de ella. Pero entonces, algo ocurrió: en un principio pensó que se trataba del reflejo del cielo en el mar pero, al cabo de unos segundos, comprendió que las aguas también se habían tintado de rojo. Lanzó una exclamación de sorpresa y terror, al tiempo que sacaba la mano.

—Mamá... —murmuró. Ella no respondió—. ¿Mamá? —El niño ladeó la cabeza y observó a la mujer, quien tenía la mirada fija en el horizonte—. ¡Mamá! —exclamó, agitándola por el brazo.

Ella le soltó y él se dio cuenta en ese momento de que el líquido rojo era sangre. Sangre que provenía de las muñecas de su hermosa madre.

—¡Mamá! —chilló presa del pánico. La intentó coger, pero tan sólo rozó aire—. Mamá, ¿qué te pasa? —El líquido rojizo y brillante no cesaba de caer al agua, inundándola de su color—. Soy yo, mamá. ¡Abel!

Pero ella no pareció reconocerlo. Giró el rostro con suma lentitud hacia él y lo observó con una mirada hueca.

—¿Abel...? —Parecía muy ida. Sus muñecas continuaban desangrándose sin perder el tiempo.

—Sí, Abel. ¡Abel, Abel! ¡Soy tu fotógrafo favorito! —gritó el chico, desquiciado.

Ella caminó hacia delante, introduciéndose más en el mar. Y aunque él intentó seguirla, las aguas escarlata se lo impidieron.

Lloró y gritó, la llamó una y otra vez, le recordó quién era y le preguntó por qué se iba. Pero ella lo abandonaba en un mar de sangre.

El chiquillo se desgañitó con la cara bañada por el llanto. No entendía esa marcha. Las oscuras aguas rojas le llegaron al cuello y sintió que empezaba a ahogarse, al tiempo que una tremenda oscuridad lo invadía, impidiéndole ver a su madre.

Una voz. En la oscuridad hay una voz cargada de preocupación, pero también de amor. Hay algo en ella que me tranquiliza. Quiero llegar a ella, alcanzarla, y no lo consigo. También hay un nombre. Abel. Abel. ¿Soy yo? ¿Es ese mi nombre? Floto y no hay remedio. Es como si mi cuerpo se hubiese desprendido de mi mente.

Al fin logro abrir los ojos y me topo con unos grises. Me observan con miedo, con ternura y comprensión. Tiemblo acogido por ellos.

—Abel, estoy aquí. —La voz ya se encuentra cerca. Es la dueña de esos preciosos ojos. ¿De quién son? Yo los conozco. Me veo reflejado en ellos y entiendo que soy alguien, y no sólo unas motitas de polvo.

La mano de la portadora de esos ojos se apoya en mi frente bañada en sudor. Está fría y muy pronto la calma va llegando a mí poco a poco. Voy a dormirme otra vez, pero ella me obliga a mirarla. Sus ojos grises, grandes y redondos. Los de una mujer invadida por el miedo y, al mismo tiempo, la valentía.

Observo sus labios, pequeños y muy rojos. Sus mejillas pálidas a causa del susto. Le acaricio el cabello negro y largo, tan revuelto como siempre. Logro sonreír ante la nada que noto avanzar en mi interior.

El recuerdo que se había alejado cabalga hacia mí. La conozco. Sí, la reconozco. Esa chica de ojos grises es mía. Es mi Sara. Mi ángel. Me eleva con tan sólo sus caricias.

—No te vayas —murmuro con voz pastosa—. Quédate conmigo.

—Es lo que hago, Abel —responde ella, acercando su rostro. Me acaricia la mejilla. Yo aspiro su aroma e, inmediatamente, el corazón me palpita con violencia—. Nunca me iré. Voy a quedarme a tu lado el resto de mi vida para escribir nuestra historia.

—No quiero ser yo el que se vaya —intento incorporarme en la cama, pero me mareo. Ella me recuesta otra vez, sin perder la cálida y amorosa sonrisa.

—No lo harás. Conseguiré que permanezcas junto a mí.

Querría decirle tantas cosas. Por ejemplo, lo mucho que la amo. Lo que me gusta cuando arruga los labios al enfadarse. Decirle que me encantan las pequitas en su nariz. Que no me canso de contar sus lunares ni de perderme en su cuerpo cada noche. Confesarle que cada día pienso en abandonarla para que no sufra. No se lo merece. Ella es la mujer más buena que he conocido y yo la estoy manchando. Dios, hay tantas cosas que decirle y no puedo. El miedo atenaza mi garganta con cada segundo que marca el reloj. ¿Estoy siendo un egoísta por querer mantenerla a mi lado? Sólo quiero protegerla del daño que puedan hacerle. No soportaría perderla; es lo único que me sostiene en estos instantes. La amo tanto que el corazón se me ensancha cada vez que la miro. Sin embargo, no sé si estoy haciéndolo bien, si estoy queriéndola como ella se merece.

—Me he ido hacia la nada. He soñado con mi madre y después me fui. No conseguía recordarte, Sara —le digo, tomándola de una mano.

—Pero has regresado —susurra ella, tumbándose a mi lado—. Te traeré de vuelta todas las veces que sean necesarias.

—¿Y qué pasará cuando no sea posible? —La miro tembloroso. Ella aprieta los dientes y niega con la cabeza.

—No digas eso. No lo digas, Abel.

Ambos nos callamos. Un silencio incómodo se instala entre nosotros. Por mucho que ella quiera evitarlo, sucederá. Para eso no hay remedio. No lo hay para mi enfermedad. Me comerá, quién sabe si poco a poco o de manera rápida, pero al final me convertirá en un fantasma sin pasado, presente, ni futuro. ¿Y qué será de mi Sara entonces?

—Tengo miedo —confieso con la vista clavada en el techo.

—Lo sé, mi amor. —Su voz tiembla.

—Te quiero... —le digo.

Ella se coloca sobre mí. Me acabo de dar cuenta de su desnudez. Mi sexo despierta de inmediato. La tomo de las caderas, permitiendo que sea ella la que me introduzca en su intimidad.

Ya no puedo pensar en nada más. Estos momentos son los únicos en los que albergo esperanzas. Sara me revive con su deseo y amor.

Hacemos el amor entre jadeos; muy serios, como si fuese la última vez. Y es que no sabemos si lo será. Nos mecemos en la brisa del placer y cuando llego al orgasmo le repito una y otra vez que lo amo. Él me corresponde, me aprieta fuerte contra su pecho y me moja con sus lágrimas.

Al cabo de un rato se vuelve a quedar dormido. Yo aprovecho para observar su hermoso perfil. Jamás podré dejar de adorar su nariz, sus labios húmedos y carnosos, esas pestañas finas y largas. Le acaricio el pelo revuelto y paso mis dedos por su incipiente barba.

Yo también tengo miedo, pero debo ser más fuerte que nunca. Sé que él ha empezado a derrumbarse porque su enfermedad avanza a pasos agigantados a pesar de las medicinas. No sé cómo me mantengo firme con lo pesimista que soy. Pero lo único que sí sé es que necesito verlo sonreír. Haré lo que sea para que cada día se ría y piense que vivir merece la pena.

Me aseguro de que está completamente dormido y me levanto de la cama sin hacer ruido. Me pongo el camisón y un batín por encima. Deambulo por la pequeña cabaña. Llegamos hace un par de semanas y hemos vivido casi como en un ensueño. A veces pienso que esta es nuestra luna de miel anticipada, aunque ni siquiera estemos casados. Pero las pesadillas regresan en esos momentos felices y me devuelven a la realidad.

Tuvimos que huir y dejarlo todo atrás. Empezar en una cabaña situada en los bosques de Suecia. Aquí no hay nadie más que nosotros y algún animal salvaje. El pueblo más cercano se halla a treinta kilómetros. Pero en esta nada soy feliz. El lugar no podía ser más hermoso. Pertenece a su madre y Gabriel, su padre, no quiso venderla en señal de recuerdo. Alguna vez me pregunto si permanecer aquí puede ser peor para Abel. Vive entre estas cuatro paredes henchidas de imborrables recuerdos de su madre muerta.

Me asomo a la ventana sin abrirla. Hace frío, pero no voy a encender la chimenea a estas horas porque, de todos modos,

queda poca leña y no puedo salir sola. La oscuridad del exterior me inquieta. Entonces pienso en mis padres, en Cyn y Eva. Incluso en Judith. Y en Eric. Cómo los echo de menos. ¿Me seguirán esperando en la universidad?

Dejarlo todo no fue fácil, pero Abel me aseguró que tan sólo sería durante un tiempo. Esta es la única forma en que él me puede proteger. Porque al final entendí lo peligrosos que pueden ser ellos.

Lo comprendí ese día en que, una vez hicimos el amor tras su accidente, Abel me confesó toda la verdad de su pasado.

2



—No me iré de aquí hasta que me cuentes toda la verdad, Abel. —Mi voz es profunda. Esta vez no le voy a dar la satisfacción de salirse con la suya sin apenas esfuerzo.

Tengo aquí una vida. Familia y amigos. ¿Cómo cree él que puedo abandonar todo esto?

—La confianza se gana, Abel —continúo. Él deja de preparar las maletas y me mira con el ceño arrugado. Leo preocupación en sus ojos y ese miedo intenso que me está contagiando. Me arrimo a él, lo zarandeo empezando a ponerme histérica—. No te la voy a dar por arte de magia.

—Sara, no quiero involucrarte en nada más. No quiero que sepas quiénes son ellos. Tú no estás hecha para ese mundo.

—¿Qué mundo? —Le aprieto el brazo sano, dejándole claro que estoy muy nerviosa—. Porque supongo que al haber decidido estar contigo, también es el mío. ¿Lo sabes, no?

No contesta. Desvía la mirada para no compartirla conmigo, pero yo le obligo a que me mire.

—Necesito que me cuentes toda la verdad, Abel. —Le cojo de la barbilla para que se dé cuenta de que esta vez voy en serio—. Tú decides. Si de verdad quieres que deje todo por ti, habla. He venido desde Madrid porque creía que ibas a morir. Me he vuelto loca buscándote por todos los hospitales. Creí que se me iba a paralizar el corazón. ¿Ves lo que te amo, Abel? Estoy dispuesta a permanecer contigo pase lo que pase, pero ábrete a mí. Hazme partícipe de

tu vida. Y de tu pasado, ese que ahora nos tiene en el presente así, con un montón de ropa desperdigada por el suelo, a punto de salir corriendo a saber dónde y por qué.

Trago saliva tras todo el discurso que le he dado. Él se suelta de mi apretón y se sienta en la cama. Se pasa la mano sana por el cabello revuelto, con la mirada fija en el suelo. Está pensativo. Sé que en su interior hay una gran lucha. Pero si me ama, lo entenderá.

Se tira un buen rato callado. Yo no puedo más que escuchar a mi corazón desbocado. El nudo en mi estómago es cada vez mayor. Este puede ser nuestro final. Este sí. Si no confiesa, me marcharé, pero no con él. Abandonaré su vida si no es capaz de dármela entera. No puedo soportar más mentiras, secretos y sorpresas.

—De acuerdo. —Su voz grave me sobresalta.

Ha alzado la cabeza y me está mirando. Continúa triste, pero hay algo más en sus ojos: decisión. Asiento con la cabeza, animándole a que hable. Decido sentarme a su lado, demostrarle que no tiene nada que temer, que aceptaré lo que diga. Él me coge de la mano antes de empezar a hablar. Me la aprieta, se la lleva a los labios y la besa. Aspira con profundidad.

—Conocí a Jade cuando tenía unos diecinueve años, más o menos.

Se interrumpe para observarme. Eso es mucho tiempo. Esa mujer ha estado en su vida mucho más que yo. Me paso la lengua por los labios reseca y le hago un gesto para que prosiga.

—Por ese entonces, yo ya estaba intentando abrirme paso en el mundo de la fotografía. Había hecho algunos trabajos y, según decían, eran buenos. —Menea la cabeza y sonrío, como recordando aquella época. Clava sus iris azules en mí—. Pero no disponía de los medios necesarios para tener un buen equipo. Tan sólo contaba con una cámara que me había regalado mi padre. Por ese entonces, él había conocido a Isabel, que tampoco pasaba por un buen momento económico. Odiaba esa situación, la de no saber qué ocurriría al día siguiente.

—Sé lo que es eso, Abel —le digo para que se dé cuenta de que le entiendo.

—Necesitaba tantas cosas, Sara. Al menos si quería dedicarme a la fotografía de forma profesional.

Vuelve a callarse. Su respiración ha empezado a acelerarse. Y la mía, también, porque puedo sentir su miedo. Esta vez no me mira y yo decido permitirse.

—Yo trabajaba como camarero en un restaurante muy lujoso en la playa. No me gustaba mucho, me pagaban mal y eran muchas horas, además de que la gente que solía ir era tan diferente a mí. Todos ricos, remilgados, que me miraban por encima. Pero no tenía otro remedio, era lo que había porque no tenía los estudios necesarios para otro trabajo. Cuando terminaba mi jornada, me dedicaba a ir a la playa para sacar fotos. En esos instantes, recordaba a mi madre. —Se muerde los labios. Yo le aprieto la mano, dándole a entender que estoy a su lado—. Una noche, mientras estaba haciendo fotos, alguien se acercó a mí. Era una mujer muy hermosa, pero había algo en ella que me inquietaba. Por su apariencia, parecía tener bastante dinero.

—Esa mujer era Jade, ¿no?

—La reconocí porque a veces acudía al restaurante a tomar alguna copa. Siempre iba sola. —Cierra los ojos, quizá transportándose a esa noche—. Me dijo que me observaba desde hacía tiempo, que sentía curiosidad al verme hacer fotos cada noche. No sé qué esperaba yo, pero me sentía solo y acabé contándole que mi pasión era la fotografía y que trabajaba en el restaurante con la esperanza de ahorrar y poder conseguir lo que quería.

—¿Y ella se ofreció a ayudarte? —pregunto, muy inquieta.

—Sí. —Abel suspira, se remueve en la cama. Sus dedos parecen temblar entre los míos—. Me propuso sacarle unas fotografías. Me las iba a pagar francamente bien. Por supuesto, acepté. Una tarde fui a su casa, dispuesto a hacer mi trabajo y largarme de allí.

—Pero pasó algo más, ¿no?

—Terminamos acostándonos juntos —lo resume en esas tres palabras que a mí me provocan un vuelco en el corazón.

—¿Cuántos años tenía ella, Abel?

—No lo sé exactamente, jamás se lo pregunté. Se mantiene muy bien pero creo que en esa época tendría unos veintiséis o veintisiete.

—¿Te obligó a acostarte con ella? —pregunto asustada.

—No, claro que no —confiesa él, con la vergüenza en el rostro, aunque no parece seguro del todo—. Estaba triste, confundido,

tenía chicas de mi edad pero no una como ella, tan experta, con tanto dinero y tanta clase. Me ofrecía cosas que... —Se pone pálido al mirarme.

—Me has dicho que le debes mucho —le interrumpo. Necesito llegar al meollo de la cuestión porque me voy a desmayar de la inquietud—. ¿Por qué, Abel? ¿Qué es lo que hizo ella para que esté sucediendo esto? ¿Qué hiciste tú?

—Jade me ayudó, en cierta forma, a conseguir todo lo que yo necesitaba para iniciar mi camino en la fotografía —baja la voz, como si eso le costase contarlo—. Ya te he dicho que me pagó las fotos muy bien. Después hice más a algunas de sus amistades. Y luego me ofreció otro trabajo... —se calla otra vez y algo en mi interior da un brinco—. Así pude estudiar, tener mi propio equipo y mi estudio...

—¿Y ella no te pedía nada a cambio? Es decir, ¿simplemente te ofreció esos trabajos porque le caías bien, porque le gustabas? —pregunto, sin entenderlo muy bien.

—Yo era suyo.

—¿Qué?

—Teníamos sexo cuando y donde ella quería. Y como deseaba.

—¿Me estás diciendo que eras como su prostituto? —Casi me falta la respiración al pronunciar esa palabra—. ¿Aparte de pagarte las fotos también te dio dinero por sexo?

—Sí, alguna vez.

Ladeo la cabeza, con la boca y los ojos muy abiertos. Dios mío, es increíble. Me giro hacia él de nuevo. Le obligo a mirarme.

—Se aprovechó de ti por mucho que digas que no. Tú necesitabas todo eso, y te entiendo, Abel. Te entiendo porque yo también haría lo que fuese por llegar a ser investigadora. Ella llegó en tu peor momento, se alimentó de tu soledad y tu tristeza. —Trago saliva y a continuación digo, con voz grave—. Pero, aun así, no entiendo por qué le debes tanto. Es decir, hiciste lo que te pedía y tú recibiste un dinero a cambio. ¿Es que hay algo más, Abel?

Nos callamos unos segundos. Al fin, él decide continuar, sin rebatir mis palabras.

—Ella a veces se marchaba fuera del país, pero jamás me decía adónde. Siempre se excusaba con que tenía asuntos que resolver. Un día, mientras teníamos sexo, descubrí algo en lo

que no había reparado antes: un tatuaje –se detiene, esperando a que diga algo, pero asiento con la cabeza, entendiendo sus palabras–. Le pregunté por él y se puso como una loca. Discutimos porque yo quería saber más de ella, pero nunca me ofrecía nada más que sexo y dinero. –Le dedico una mirada cargada de intenciones, para que recuerde que así me he sentido yo–. Al cabo de unas semanas volvió muy diferente. Cariñosa, amable. Siempre tenía cambios de humor, así que no me extrañó. Pero parece que ese día había tomado una decisión, porque me preguntó si todavía quería saber más de ella. Le dije que sí. Fue una respuesta equivocada.

—¿Por qué, Abel? –Meneo la cabeza sin entender.

—Porque ahí fue cuando me metí en un mundo oscuro que jamás debería haber conocido. –Se pasa la lengua por los labios. Respira profundamente antes de continuar–. Jade me llevó a su mundo. Al de los castillos o mazmorras de ritos sexuales.

—¿Perdona? –Lo miro con los ojos muy abiertos. Él me aprieta la mano con fuerza. Está temblando aún.

—Jade es dueña de uno de esos lugares, uno de las más importantes de toda Europa. En realidad, no se trata sólo de uno pues hay algunos distribuidos por varios países. Pero ella regenta uno en España y otro, que es el grande, en Holanda. Bueno, en realidad primero fueron de su abuelo, y luego pasó a manos de su madre, y ahora los tiene Jade –me explica.

—Tienes que explicarme antes qué coño es eso. Jamás había oído algo así –le digo, alzando una mano.

—Pues es muy real, Sara, aunque claro, no todos pueden saber de ello. Es un lugar al que la gente va para mantener sexo a través de diferentes prácticas.

—¿Un prostíbulo?

—No. Allí nadie paga por sexo. Al menos no de esa forma.

—No lo logro entender...

—Sé que es difícil, Sara. Yo mismo me sorprendí muchísimo al conocer ese mundo. El problema es que no se trata sólo de gente manteniendo relaciones sexuales, sino que también es un lugar en el que comerciar con droga y mujeres y, en ocasiones, todo eso es casi como... un ritual.

—Has dicho que no es un prostíbulo.

—Y no lo es. Allí las mujeres se ofrecen de forma voluntaria a participar en todo.

—Mi cabeza está a punto de explotar, Abel. No consigo...

—Sara, no tienes que entender nada, sólo escucharme. —Me coge de la barbilla y clava su azulada mirada en mí, oscurecida por la preocupación y el miedo—. Esos lugares pueden llegar a ser muy peligrosos.

Asiento con la cabeza, aunque todavía me siento confundida y cada vez un poquito más asustada.

—Ellos no quieren que se sepa lo que hacen. En un principio, sólo son lugares en los que disfrutar del sexo de forma libre y voluntaria. Pero el mercado de la droga es enorme y, además, uno se da cuenta de que son como una puta secta.

—¿Y por qué la policía no puede hacer nada?

—Porque allí hay gente muy influyente. Y porque a la policía se la puede comprar.

—¿Me estás diciendo que es un antro de corrupción? —Alzo la voz, un tanto asustada. ¿Pero en qué estuvo, joder, y está metido este hombre?

—Más bien se trata de una sociedad secreta. Ya sabes, el tatuaje... Cuando los conoces, cuando pisas su espacio, cuando descubres sus secretos y reglas... Es difícil escapar.

—¿Por qué Jade te metió en todo eso, Abel?

—Supongo que le gusta hacer sufrir a la gente. Incluso a mí. —Se queda pensativo unos segundos y luego añade—: Puede que más a mí.

—Pero... ¿Acaso ella no te amaba?

—A su manera. Y no es una manera muy cuerda. —Menea la cabeza como para borrar tristes recuerdos—. Jade tiene problemas mentales.

—¿Quieres decir que me ha amenazado porque está enferma?

—Su crueldad no se debe sólo a su enfermedad. Creo que le viene de fábrica. Hay personas así.

Las palabras de Abel me calan hondo. Me estremezco. Todavía me cuesta creer lo que me está contando. Parece haberlo sacado de una película de mafiosos o algo similar. Esbozo una sonrisa incrédula. Los nervios me están jugando una mala pasada.

—Sara, he visto con mis propios ojos de lo que son capaces de hacer con tal de mantener su negocio a salvo. Con tal de continuar con sus vicios... —Hace un gesto de asco.

—Pero, Abel, todo esto es sorprendente. Es decir... Yo... ¿Qué pinto en todo esto? ¿Por qué ella me ha seguido? ¿Qué hacía en la fiesta?

—Quizá se ha dado cuenta de que eres importante para mí —responde él con voz grave—. De que yo por fin soy feliz con alguien, de que ya no hay dolor en mí.

—¿Y qué, joder?

—Sara, ella está loca. —Abel acerca su rostro cargado de preocupación—. Quiere que sea sólo suyo porque le encanta la posesión. No quiere que deje ese mundo, pues esas son las reglas. Y tampoco quiere que sea feliz. Si ella no lo es, que nadie lo sea. Necesita que bailen a su ritmo.

—Tú has estado últimamente en... —digo al recordar su tatuaje.

—No. Hace tiempo que no. Me hice el tatuaje para mantener contenta a Jade, sólo eso, para que pensara que todavía estoy dispuesto a seguir con ellos. Cuando trabajé allí, necesitaba el dinero. Sé que no tendría que haberlo hecho, pero me moría de miedo al pensar en que pudiera volver a la penosa situación de mi infancia. —Cierra los ojos como si le costase hablar. Al abrirlos, la vergüenza y el dolor han vuelto.

—¿El dinero?

—Sara, yo tenía un trabajo en la mansión. Por eso Jade me llevó allí.

—¿Y qué hacías allí? —Me tiembla la voz porque temo la respuesta, aunque necesito saberla.

—Fotografías. —Esboza una sonrisa triste.

—¿Qué tipo de fotografías?

—Nunca he hecho nada malo, te lo juro —no responde a mi pregunta. Se levanta de súbito y me mira desde arriba—. Ya te he dicho toda la verdad, Sara. No hay nada más. El resto ya lo conoces.

Yo también me levanto, conteniendo la respiración. Me muerdo los labios, sin apartar la mirada de la suya.

—¿Qué me dices, Sara? ¿Vas a permitir que te proteja? En cierto modo, yo te metí en esto y soy yo el que debe sacarte. No conozco ahora mismo otra forma de hacerlo.

—Debe de haber alguna otra solución. No toda la policía...

—Allí no va sólo la policía. También cargos muy importantes en la sociedad —me confiesa Abel. Siento que el mundo se está desmoronando a mis pies ante toda la verdad—. Sus tentáculos son largos, Sara.

—Pero, ¿qué quiere Jade de mí...?

—Alejémonos un tiempo. Dejémosle que se olvide de mí, que encuentre otro juguete al que romper. Y entonces, también se olvidará de ti. —Me lleva hasta su pecho. Apoyo la cabeza en él y cierro los ojos. Le huelo.

—¿Y si no funciona que nos marchemos?

—Al menos estaremos lejos de su locura.

Alzo los ojos para observarlo. Una lágrima solitaria se desliza por su mejilla. Se la limpio con un beso.

—Ya te lo dije una vez, Sara: quería vivir rápido. Meses antes de mi encuentro con Jade, los médicos me informaron sobre la enfermedad de mi madre. No puedo explicarte cómo me sentí. Le había prometido a mi madre que conseguiría ser el mejor fotógrafo. Y estaba tan enfadado con ella... —Sus rasgos se endurecen ante el recuerdo—. Quería demostrarle que podía lograrlo y que se había marchado sin darme la oportunidad de mostrárselo.

—Quizá hizo lo que hizo porque también tenía miedo de descubrir que te iba a suceder lo mismo. Al fin y al cabo, si lo heredas, sería por ella. Puede que se sintiera culpable —me atrevo a opinar.

Abel no contesta. Me acaricia la mejilla con el dedo índice de manera muy suave, con todo su amor y vulnerabilidad.

—Hice tantas cosas que no debí —continúa—, pero ansiaba que todos recordaran mi nombre. Cuanto más tenía, más quería. Dinero, fama, droga, alcohol, mujeres. Lo quería todo en mi vida. Pensaba que si iba a abandonarla pronto, tenía el derecho a vivirla como quisiera.

No respondo. Me mantengo quieta, escrutando su mirada avergonzada y culpable. Apoyo mi mano en su barbilla y le acaricio la bonita barba. Sonríe y esos hoyuelos suyos me dejan sin aliento.

—No espero que entiendas por qué me he comportado a veces mal contigo. Tampoco pretendo justificarme. Estaba confundido y no sabía qué hacer, pero sé que no es excusa. Yo te amo, Sara, desde el momento en que te vi. Pero tú no merecías todo esto.

Quería alejarte y no sabía cómo. Cuando lo hacía, todo mi cuerpo te necesitaba. Me sentía vacío otra vez, me dolía el alma.

—Ahora ya no importa —musito, abrazándome a él, apoyando mi frente en la suya—. Puede que los antiguos tuviesen razón y que los destinos de los hombres estén en las estrellas, perfilados desde antes de su nacimiento.

—Prometo que voy a protegerte como sea, Sara.

Cierro los ojos y aspiro su aroma. Al abrirlos, me topo con los suyos, tan azules y atormentados.

—Lo sé, Abel.

—¿Estoy haciendo lo correcto? —Piensa en voz alta.

*

—Pero cariño, ¿no te iba bien aquí? —Mi madre está a punto de llorar. La estoy preocupando y no es eso lo que quiero.

Abel se halla a mi lado, quieto y silencioso. Hoy no se encuentra nada bien y está más pálido que de costumbre. Las medicinas son fuertes y no le sientan demasiado bien.

—Mamá, son sólo unas mini vacaciones. —Me giro en dirección a Abel—. Necesita descansar. Quiero ir con él para cuidarlo.

Mi madre asiente con la cabeza. Llevamos toda la comida manteniendo la misma charla, con idénticas preguntas y respuestas.

—Llámame todo lo que puedas —me pide ella cuando estamos a punto de salir por la puerta.

—Casi todos los días —sonrío.

Estoy mintiendo. Abel me ha dejado claro que no debemos ir dejando rastro. Y de todos modos, vamos a estar perdidos en la naturaleza, donde puede que ni haya cobertura. Abrazo a mi madre con fuerza. Ella ya se ha echado a llorar. Yo estoy tratando de contenerme, convenciéndome de que es sólo una despedida temporal y que todo irá bien.

—Dale un beso a papá de nuestra parte.

No ha querido estar presente. Se ha enfadado mucho con mi decisión. Estoy segura de que piensa que Abel me domina. Pero lo cierto es que esperaba que viniese, que se despidiese de su hija.

—Cuida de mi hija, por favor. Ella te quiere mucho —le dice mi madre a Abel, al tiempo que lo estrecha entre sus brazos.

—Por supuesto —responde Abel, forzando una sonrisa.
Odio las despedidas.

Con Cyn y Eva también es duro. La primera se muestra llorosa y la segunda preocupada. Les voy a mentir como ya he hecho con mi madre.

—¿Hasta cuándo te vas a quedar por allá? —pregunta Eva. Es el tercer cigarro que se enciende en quince minutos. Está nerviosa porque imagino que sospecha algo.

—Un par de meses —sonrío—. Puede que menos. Sólo hasta que Abel se encuentre mejor. El aire de la montaña le sentará bien.

—¿Y no podéis iros más cerca? Con la de montañas que tenemos por aquí —dice Cyn con voz chillona—. Os dejo mi chalé —Se le humedecen los ojos.

—Cyn, que no es para tanto —trato de animarla.

—Si es por vuestro bien, nena, entonces haz lo que tengas que hacer. —Eva me mira de manera penetrante. Yo agacho la cabeza, incapaz de contemplar sus ojos.

Nos abrazamos las tres en silencio. Cyn se ha puesto a llorar como sucedió con mi madre. Eva me aprieta muy fuerte. Un gemido escapa de mi garganta.

—Será como una luna de miel —intento convencerme de ello.

Un par de días después dejo todo solucionado en la Universidad. A Gutiérrez no le hace nada de gracia, pero no ha podido rechistar porque le he dicho que mi abuela está muy enferma y necesita que la cuidemos, ya que no tiene a nadie más. No sé cuánto más voy a mentir. Me entrega hojas y hojas de trabajo que tendré que llevarme a Suecia. Patri parece muy contenta. Ahora tiene el camino libre.

De Judith sólo me puedo despedir por teléfono. Está en Formentera, trabajando con Graciella. Por suerte, está muy feliz y me alegro mucho por ella.

De Eric decido despedirme en persona. Cuando salgo del estudio de Abel hacia el encuentro, él sabe a quién voy a ver, pero no dice nada. Es algo que me inquieta y, al mismo tiempo, me alegra.

En el metro estoy tan nerviosa que no puedo parar de morderme las uñas. Eric parecía serio por teléfono. Quizá esté enfadado conmigo. Ni siquiera sé cómo vamos a comportarnos después de lo que ocurrió en la fiesta. Cuando lo descubro entre la multitud, apoyado en su moto, con ese aspecto suyo alegre y desenfadado, el corazón me da un vuelco. Estoy a punto de esconderme para que no me vea, o de salir corriendo y así no tener que enfrentarme a su mirada. Sin embargo, continúo caminando hacia él. No escucho nada alrededor, sólo mi corazón y mi pulso martilleando en cada parte de mi piel. Eric alza la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Me detengo de golpe ante la imposibilidad de respirar. No puedo, no puedo ir hasta él. No voy a saber qué decirle. Me siento tan avergonzada y al mismo tiempo tan nerviosa. Como una quinceañera. ¿Pero qué me pasa?

—Sara. —No escucho su voz, pero sus labios dibujan mi nombre entre el barullo de la gente. Y basta ese gesto para que me atreva a andar otra vez.

Al final corro y termino lanzándome a sus brazos. Me enredo en su cintura. Se la aprieto con fuerza, apoyando mi cabeza en su pecho. El corazón le late tan fuerte como a mí. No puedo entender qué es esto.

—Me voy, Eric —susurro.

—¿Qué? —Sus manos todavía se encuentran separadas de mí. No se atreve a abrazarme.

—Me voy de viaje un tiempo —repito, esta vez alzando la cabeza y mirándolo. Por sus ojos verdosos pasa un rayo de comprensión.

—¿Es por Abel?

—Está enfermo —asiento con la cabeza—. ¿Tú lo sabías, Eric?

—Sí. Pero no pensé que tan pronto...

—Estaremos unos meses en Suecia, en la cabaña de su madre. —Agacho la cabeza porque estoy omitiéndole parte de la historia. Pero él tampoco puede saber las verdaderas razones por las que huimos.

Me coge de la barbilla y me insta a mirarlo. Leo en sus ojos la admiración y el amor que siente por mí. Mi corazón va a estallar en el pecho, por favor. ¿Por qué en mi cabeza Eric es sólo mío?

¿Cómo puedo tener estos terribles pensamientos? Por un momento creo que va a besarme como la noche en Madrid. Y no sé si esta vez tendré la suficiente fuerza como para resistirme. Sin embargo, lo único que hace es acariciarme la barbilla. Pero es suficiente... No necesito más, me siento tan bien con tan sólo ese gesto. Eric es tan cálido, tan calmado, tan bueno. Deposita un suave beso en mi mejilla que me hace contener la respiración. Querría enlazar mis manos en su cuello, abrazarme a él y no separarme en mucho tiempo.

—Yo te quiero, Eric —me atrevo a decirle. Él parpadea, confundido. Se muerde el labio inferior—. Tal vez no como tú a mí, pero te quiero. No puedo perderte. Sé que esto no es correcto, que estoy siendo egoísta, pero te necesito a mi lado.

—Sara, Sara, lo sé. Sé que me quieres. Este tiempo separados nos vendrá bien a ambos y cuando vengas, yo estaré esperando aquí. Quiero conservar tu amistad.

Esta vez soy yo la que se va a echar a llorar. Él se da cuenta y me estrecha entre sus brazos con tanta fuerza que siento que voy a volar. Le rodeo la espalda con mis brazos y sollozo.

—Sara, quiero decirte algo. Aquí no, vayamos a hablar a un lugar más tranquilo.

—No puedo —meneo la cabeza, limpiándome las lágrimas—. Nuestro avión sale en un par de horas.

Él me observa con ojos serios. Lo noto inquieto; hay algo en su mirada que me pone nerviosa. Asiente con la cabeza y, una vez más, me besa en la mejilla. Me estremezco toda.

—Vuelve pronto, Sara.

Me separo de él y echo a andar. Cuando me giro, todavía está plantado ante la moto, sin apartar sus ojos de mí. Alza una mano en señal de despedida.

Leo en sus labios un silencioso te quiero.

Corro, dominada por el miedo y las dudas.

3



El recuerdo de Eric me golpea de manera mucho más fuerte que el de mis amigas y mi familia. Descubro que me he pasado el resto de la noche soñando despierta, recostada en el poyete de la ventana. Contemplo el gris horizonte, la luz que empieza a dejarse ver como anticipo de un nuevo día.

Me noto las piernas doloridas debido a la postura en la que me he tirado toda la madrugada. Decido salir de la cabaña y respirar un poco de aire fresco. Antes de hacerlo, cojo el abrigo y una bufanda gruesa. Aquí hace bastante frío a estas horas de la mañana.

El aire helado me deja casi sin respiración. Aspiro con fuerza, tratando de captarlo todo. Los olores, el tacto frío de las manitas del vientecillo. Los pájaros también están despertando y me saludan con sus cantares matutinos, a los que yo respondo alzando la cabeza para buscarlos. Están escondidos entre el follaje.

Este lugar es mágico. Es una especie de paraíso. Antes de llegar aquí, nunca había estado en un sitio como este. Casi parece hecho por ordenador. Hace un par de semanas todo era muy verde y el cielo sumamente azul. Ahora los árboles están dejando que sus hojas se tinten de granate, lo que produce un contraste realmente hermoso entre ellos y los que se mantienen verdes. Las hojas caen, a veces en silencio, otras con un susurro tímido. Aquí no han llegado las máquinas del hombre. Tan sólo existe el silencio de la naturaleza; la convivencia armónica entre animales, árboles y agua. La cabaña está rodeada de una espesa vegetación y no se puede ver

más allá a no ser que tomes un camino que se encuentra medio escondido.

Las primeras noches pasé mucho miedo. Es la consecuencia de haber visto demasiadas películas de terror y de tener una viva imaginación. No podía dormir porque me parecía escuchar sonidos escalofriantes. En realidad se trataba de las hojas que caían de los árboles y, en alguna que otra ocasión, chocaban contra las ventanas para deslizarse por ellas hasta el suelo. Pero yo imaginaba que en cualquier momento la puerta se abriría y algo horrible nos despedazaría a Abel y a mí. Días después comprendí que aquí sólo estamos él y yo, y un sinfín de recuerdos mucho más peligrosos que los animales salvajes o un asesino en serie. Él sueña y piensa en su madre. Yo en la mía, en la inexistente despedida de mi padre, en las lágrimas de Cyn y la mirada desconfiada de Eva.

Y en la caricia de Eric al marcharme. Mierda. Otra vez él en mi mente. ¿Por qué me siento de este modo? ¿Por qué simplemente no puedo olvidarme de su beso? ¿Por qué guardo en mi alma, como si fuese un preciado tesoro, las palabras que me dedicó antes de irme?

Yo estoy enamorada de Abel. Y, en cierto modo, soy feliz aquí. Ahora tengo lo que quiero, que es él. Y es que una parte de mí tiene miedo. No sé lo que nos deparará el futuro, ni si todo esto realmente va a merecer la pena. Pero he sido yo la que lo ha decidido de esta forma. Aquí sólo somos él y yo, y es donde estoy comprendiendo que me ama. Es lo que he ansiado durante tanto tiempo.

Me alejo de la cabaña un poco, en dirección al bosque. A unos cinco minutos hay un hermoso lago de aguas cristalinas, hondo y calmado. La noche en que llegamos, le hicimos una visita. Fue especial. Aún puedo recordar mi piel de gallina y el sonido de nuestra respiración como la única música que nos acompañaba.

Aprieto la bufanda contra mi cuello. Hace un frío que cala el cuerpo, así que pronto me echo a temblar. Las manos se me están quedando heladas, pero no puedo dejar de andar. Ya me hallo en el inicio del bosque. Al alzar la vista, me topo con los primeros rayos del sol, dándome los buenos días. Una vez me meta entre los árboles, dejará de existir la luz. Adelanto un pie para sumergirme en la vegetación. Alguien me coge del brazo. Suelto un grito asustado.

—Sara. —La voz de Abel a mi espalda.

El corazón me va a mil por hora. Me giro hacia él para regañarlo por asustarme de esa forma, pero descubro en sus ojos tanta preocupación que me contengo.

—¿Otra pesadilla? —le pregunto.

Él niega con la cabeza. Atrapa mi rostro con sus manos y me besa en la frente, en los párpados, en la nariz y finalmente en los labios. Los suyos arden contra la frialdad de los míos.

—Me he despertado y no estabas. —Su voz rezuma intranquilidad—. Por favor, no salgas sola. No te muevas de la cabaña sin mí.

—Aquí no hay nadie, Abel. Estoy bien, en serio —le tranquilizo.

Descubro que él todavía va en pijama y que está tiritando. Le cojo de la mano y ambos abandonamos la entrada del bosque para dirigirnos a la cabaña.

—La próxima semana habrá que comprar. Entonces podremos visitar el pueblo. —Esboza una sonrisa. Está preocupado, intranquilo, ansioso. Quiere hacerme sentir bien.

—Estoy bien, de verdad —le aseguro.

—Te tengo metida en una cabaña casi veinticuatro horas al día.

—Puedo pasear por aquí, visitar el lago...

—Tú eres una chica de ciudad. —Sonríe con la vista fija en el frente.

—Las chicas de ciudad también podemos acostumbrarnos a esto —respondo, riéndome con suavidad—. Sabes que aquí contigo me siento feliz. Es como nuestra luna de miel. —Meneo su brazo de forma juguetona, para que vea que estoy contenta.

—Sólo que estamos escapando, no disfrutando como unos recién casados de verdad —me lleva él la contraria.

—Ya llegará, Abel —me pongo colorada. Hablar de boda es algo que me pone nerviosa—. De momento no me aburro aquí.

Llegamos a la cabaña. Él me deja en la cocina y se marcha a encender la chimenea. Preparo un desayuno a base de tostadas, zumo y leche. Lo comemos en silencio ante el fuego.

—Has estado pensando en ellos, ¿verdad? —dice de repente, sobresaltándose.

Asiento con la cabeza. Cojo una servilleta y empiezo a hacerla pedacitos.

—También en Eric —murmura él.

La boca se me seca. ¿Cómo puede saberlo? ¿Acaso se imagina algo de lo ocurrido entre nosotros? Me da miedo que sus ojos en tempestad puedan introducirse en mi corazón y descubrir cómo me siento. Tan culpable, tan aterrorizada. Yo no quiero continuar así. ¿Por qué tuvo que besarme Eric?

—Me acuerdo de todos, Abel. De mi familia, mis amigos...

—No pasa nada, Sara —me interrumpe—. Está bien así. Yo también me acuerdo. Yo también lo hago. —Su voz se quiebra.

Esta última frase ha sonado más como una pregunta que como una afirmación. Siento que he perdido el poco apetito que tenía. Pero como no quiero que esté mal, hago tripas corazón, me termino mi leche y me arrimo más a él. Estamos sentados en el suelo, en unos preciosos y mullidos almohadones. Recuesto mi cabeza en su hombro. Él se queda quieto, observando las llamas en la madera.

—Por favor, Abel, no pienses más en ello. —Alzo la mirada para observarlo. Tiene el ceño arrugado y los labios le tiemblan—. Te estás haciendo demasiado daño. Estás bien. Vamos a estarlo los dos.

Él por fin dirige los ojos a mí. Me está pidiendo perdón con ellos. Yo se lo concedo. Le cojo de la mejilla y le beso con suavidad.

—Vamos a ser felices aquí. Todo lo que podamos. Hasta que las estrellas nos tengan envidia por brillar más que ellas.

—No tienes por qué ser tan buena conmigo, Sara. Creo que no me lo merezco.

—Todos nos merecemos ser amados.

Lo aprieto contra mí. Él se deja hacer, como un niño pequeño. Últimamente echo de menos al Abel fuerte y seguro de sí mismo. Este es tan sólo una sombra de aquel. Pero lo amo. Cada vez más. El corazón en ocasiones parece a punto de estallar del amor que me inunda.

Nos besamos en silencio, de forma apasionada, entregándonos el dolor y el miedo de cada uno.

*

—Ponte este gorrito.

Abel me tiende uno de lana muy mono, aunque un poco grande. Me limito a mirarlo.

—Y súbete más la bufanda.

—Hace frío, pero no es para tanto —me quejo con mala cara.

Él me arrebató el gorro de las manos y me lo encasqueta en la cabeza con un gesto de impaciencia. Me sujeta las mejillas y me dice, muy serio:

—Sara, no es sólo por el frío. Cuanto menos se nos vea la cara, mejor.

Chasqueo la lengua. Me dejo hacer por él. Me coloca la bufanda de tal forma que tan sólo me asoma la nariz y los ojos y mechones sueltos de pelo, porque el resto está bien metido en el gorro.

—Pero si aquí no hay ni un alma.

—En el pueblo sí.

—Ya, seguro que nos han seguido hasta aquí. Sólo tienen eso que hacer —me burlo.

A él no le hace ninguna gracia mi actitud. Se separa de mí y me observa con los labios apretados. Yo agacho la mirada, jugueteando con los flecos de la bufanda.

—Sólo trato de protegerte, Sara.

—Lo sé —contesto avergonzada.

Lo observo mientras se coloca su abrigo, su bufanda y un gorro como yo. A él tampoco se le ve más que un poco de nariz y sus hermosos ojos azules. Alarga un brazo y extiende la mano. Yo se la cojo, esbozando una sonrisa que no puede ver.

Esta mañana vamos al pueblo. Ya necesitamos comprar provisiones. La verdad es que tengo ganas puesto que llevo dos semanas y un par de días encerrada aquí. Necesito contacto con más gente, aunque no los conozca. Me hace una ilusión tremenda acercarme a la civilización.

Nos dirigimos a la furgoneta que Abel alquiló una vez llegamos a Suecia. Es la mejor para atravesar los bosques. Una vez dentro, él pone de inmediato la calefacción. Hace un frío terrible. Yo me limito a quedarme arrellanada en mi asiento, sin perder de vista los magníficos paisajes que se muestran ante mí.

—Pronto nevará —dice Abel cuando pasamos por una magnífica montaña—. Y el lago estará helado. Cerca del pueblo, pero hacia el sur, hay otro. Fue habilitado para patinar en invierno. Mi madre me llevaba allí alguna vez.

Otra vez ella. ¿Es que no va a dejar de pensar en su madre ni por un momento? Le está haciendo mal. Querría decírselo, pero no me atrevo. ¿Por qué hemos venido hasta aquí? ¿Es que quiere torturarse? Hay muchos lugares a los que podríamos haber ido, pero él decidió viajar a este. A un lugar en el que los recuerdos de su madre le acechan a cada instante. ¿Cómo la va a perdonar de esta forma? ¿Cómo se va a perdonar él?

—¿Sara? —Su voz me saca de mis pensamientos.

—Perdona, me estaba quedando traspuesta —me disculpo.

Él apoya su mano sobre la mía. La tiene fría a pesar de la calefacción.

—Te decía que quizá algún día podamos ir a patinar al lago.

Asiento con la cabeza. En realidad, me sorprende. Pensaba que no estaríamos tanto tiempo aquí. El mes que viene será Navidad y me gustaría volver a casa. Sin embargo, no podemos hacerlo hasta que él se muestre seguro de que ellos se han cansado. Hace un par de días enchufó el móvil y encontró varias llamadas perdidas de un número desconocido. Ambos supimos de inmediato que era Jade, que aún tiene mucho por decir. Parece incansable. Y no sé cuánto podré soportarlo yo.

—Ya llegamos.

Abel gira a la derecha y de repente aparece ante nosotros un pueblecito que parece de película. Sus casas son de entramado de madera, pintorescas y pequeñas como si fuesen de juguete. Me quedo embobada observando esas fachadas marrones y blancas. Nunca había visto algo así. Parece un pueblo muy pequeño. Pasamos por una gasolinera, una iglesia de esas que tienen una larga historia a sus espaldas, lo que parece ser el ayuntamiento y un restaurante. Hay pocas personas por sus calles.

—Esto es realmente hermoso —le digo a Abel, con los ojos muy abiertos.

Él sonrío y aparca el coche ante una tienda de comestibles. Supongo que para esta gente hace las veces de supermercado, pero para mí es muy pequeño, acostumbrada a los grandes de la ciudad de Valencia. Nos apeamos del automóvil y nos metemos deprisa en la tienda. ¡Hace un frío terrible! Una vez

dentro, Abel me coge de la mano. El tendero, un hombre de mediana edad con una larga barba rubia, se nos queda mirando con unos ojos azules carentes de expresión. Abel le saluda con la mano y el otro tan sólo emite un gruñido ronco.

—No parecen muy simpáticos —digo, un tanto asustada.

—Somos forasteros, Sara. Este es un lugar muy tranquilo. Apenas reciben visitas.

Paseamos por los estrechos pasillos de la tiendecita. Abel se dirige a una de las cestas que hay al fondo, la coge y luego regresa a mí. Se pone a rellenarla con comida enlatada. Coge también aceite, leche y zumos. Mientras él decide con qué más cargar, yo me separo y me dirijo a otro pasillo. ¡He encontrado el paraíso en la tierra! Todos los estantes están repletos de dulces y galletas de todo tipo. Me pierdo entre tantas palabras que no entiendo. Sin embargo, todo parece estar buenísimo.

—Coge lo que quieras. —La voz de Abel a mi espalda me sobresalta.

Lleva dos cestas llenas hasta arriba. Yo niego con la cabeza, señalándolas.

—Ya llevamos mucho ahí. Gastaremos mucho.

—Por un par de cosas más no pasa nada —me dedica una bonita sonrisa de hoyuelos marcados—. Coge algo.

Me tiro un par de minutos intentando decidirme, pero la verdad es que me cuesta muchísimo. ¡Creo que todo me gustará! Él me observa pacientemente, con un esbozo de sonrisa en sus ojos hasta ahora tristes.

—¿Ya? —me pregunta, una vez cojo entre mis manos dos cajas diferentes de galletas.

—Sí, creo que sí... —murmuro, echando un vistazo más al estante—. O espera...

—Otro día compramos otros dulces, ¿vale?

Asiento con la cabeza. Me pongo colorada al pensar que quizá me he comportado como una niña pequeña. ¡Pero es que echaba de menos mis dulces! Estoy acostumbrada a comer muchas chokolatinas cuando estoy triste o nerviosa.

El tendero nos cobra los productos sin siquiera dedicarnos una sonrisa. Abel le paga en silencio. Cuando salimos de

la tienda yo estoy un poco enfadada. Me gusta la gente más simpática. A Abel no parece importarle. Le ayudo a meter toda la comida en el maletero. Al cerrarlo, reparo en la tienda de la calle de enfrente. Se trata de una joyería y acabo de ver algo que se me ha colado por los ojos.

—¿Podemos ir allí? —le pregunto a Abel, como si fuese mi padre.

—Claro.

Cruzamos la calle, yo corriendo para llegar antes a la tienda. Me planto ante el escaparate y suelto un suspiro de admiración. Cuando él llega hasta a mí y se coloca a mi lado, le señalo con el índice lo que ha captado mi atención: un reloj de esos en los que puedes guardar la foto de alguien a quien quieres recordar. Parece muy antiguo y tiene un encanto especial.

—Te lo compro —dice él.

Niego con la cabeza.

—Tenemos que reservar el dinero que tenemos aquí. ¿De dónde íbamos a sacar más si se nos acaba? —le regaño.

Parece dolido ante mi comentario. Me agarro a su brazo y me aprieto contra él.

—Es precioso, ¿verdad? Parece de otra época.

—Es posible —coincide él, echando un vistazo al escaparate de la tienda—. Aquí siempre han vendido objetos antiguos.

—Y muy caros —respondo yo con una sonrisa, al fijarme en el precio del colgante.

—En serio, Sara, te lo compro. —Hace amago de que entre- mos en la tienda.

—No es necesario, Abel.

—Pero quiero que seas feliz.

—No necesito el reloj para serlo. —Ensancho la sonrisa para que se dé cuenta de que sólo con estar con él ya soy feliz.

Al final consigo convencerlo de que nos vayamos sin adquirir el reloj. Mientras cruzamos la carretera, me giro una vez más. En realidad no lo quería para mí, sino para él. Creo que le quedaría muy bien, que es una joya de arte para un artista.

—¿Te ha gustado el pueblo? —me pregunta una vez ha arrancado el coche.

—La verdad es que sí. Es muy tranquilo, con casas preciosas. Y esa iglesia antigua me ha encantado... Me gustaría volver —digo con timidez.

—Claro. En nada empezarán a poner la decoración de Navidad —me explica él, sin apartar la vista del frente. El camino se va estrechando porque ya se acerca el bosque y por aquí uno debe estar muy atento—. Mi madre y yo íbamos alguna vez para comprar galletas de jengibre y para visitar el mercado.

—Me apetece una galleta de esas —le interrumpo con tal de que no mencione más a su madre.

—Pues entonces te compraré muchas. Para que las disfrutes con un vaso de vino caliente. —Ríe y ese sonido reaviva mi corazón.

Cierro los ojos, esbozando yo misma una sonrisa aliviada. Es eso lo que quiero escuchar, ese tintineo agradable. Su risa es uno de los ingredientes de mi vida.

—En cuanto lleguemos a la cabaña me voy a comer uno de esos dulces que hemos comprado —le digo, riéndome yo también.

—Si es que eres una golosa. —Parece más contento que de costumbre.

Necesito que más días sean así.

—Cuando volvamos te llevaré a una pastelería de esas que tanto te gustan, con dulces por todas partes.

Asiento con la cabeza, muy animada. Pero de repente, un recuerdo fugaz atraviesa mi mente. Aquella tarde en que Eric me invitó a un muffin, cuando empecé a darme cuenta —aunque no quería aceptarlo— de que algo sucedía. La respiración se me acelera al pensar en sus ojos marrones verdosos. Y en su sonrisa cálida. Cierro los ojos y los aprieto con fuerza.

—Sara, ¿estás bien?

Doy un brinco en mi asiento. Ya hemos llegado a la cabaña. Abel me está observando con preocupación. Se desabrocha el cinturón y se inclina sobre mí, apartando un mechón de mi cara.

—Ya sabes que cuando voy en coche me entra modorra.

Él se ríe. Sí, sí, sí. Esto es lo que necesito. Dame toda tu risa, Abel. Toda esa luz que me conquistó. Esa fuerza. Tu seguridad. Haz que yo me ilumine en la oscuridad como antes.

Me sujeta de las mejillas y me besa con pasión, permitiéndome enterrar el recuerdo de antes.

4



—**H**ola, amor.

La voz de Abel a mi espalda me sobresalta. Cierro el libro que tengo entre las manos y lo coloco en mi regazo. Me giro de inmediato y me topo con los profundos y hermosos ojos de mi novio. Él me dedica una sonrisa radiante y yo se la devuelvo con todas las ganas que tengo, que son muchas. Es la primera vez que se dirige a mí con esa palabra. Es cierto que a veces me llama cariño, pero nunca amor. Me ha gustado demasiado, tanto que mi corazón ha brincado como la primera vez que me dijo te quiero.

Rodea el silloncito en el que estoy sentada y se sitúa en el reposabrazos, ya que ambos no cabemos en el asiento. Me abraza por la cintura y posa un cariñoso beso en mi frente. Yo cierro los ojos, intentando atrapar los sentimientos que provoca en mí con tan sólo ese roce. Me gustaría que todos los momentos fuesen así: tan cálidos y luminosos. Desde hace unos días se encuentra mejor —al menos eso me parece— pues no ha tenido pesadillas —o yo no las he escuchado— ni ha mencionado a su madre. ¿Estaré consiguiendo borrar el dolor y las obsesiones de su atormentada cabeza?

—¿Qué estás leyendo, cariño? —me pregunta aún con su fantástica sonrisa.

Yo alzo los ojos para observarlo. Me mantengo callada unos segundos. En realidad no me apetece hablar, tan sólo aferrarme a su cintura y no soltarme en mucho rato. Sin embargo, él arquea

las cejas en señal de impaciencia. Levanto el libro y le enseño la portada con el título.

—*Anna Karenina* —musita en voz baja, con gesto grave.

Asiento con la cabeza, mordiéndome el labio. Él acerca su rostro al mío, meneando la cabeza, y me roza con su rebelde cabello provocándome cosquillas. Ambos nos quedamos en silencio, aún abrazados. «Va a decir algo sobre su madre, va a decir algo sobre su madre...», repite mi mente una y otra vez.

—«No tengo paz que dar. No puede haber paz para nosotros. Sólo miseria o la felicidad más grande» —recita una frase del libro de memoria.

Lo separo y lo miro con una ceja arqueada. Él no dice nada, tan sólo me observa muy callado y serio, con ese gesto imperturbable que tanto odio en ocasiones.

—Y yo tengo claro que lo segundo... Vamos a tener toda la felicidad del mundo. ¿Qué pasa, te sabes todos los libros del mundo de memoria? Recuerdo que es la forma en que trataste de conquistarme, enviándome mensajitos con frases de novelas... —le digo de manera juguetona. No me apetece nada que se ponga melancólico como en otras ocasiones. Le cojo de la nuca y lo atraigo hacia mí, dispuesta a besarlo. Sin embargo, él me aparta suavemente, dejándome sorprendida.

—Tengo miedo de que algún día seas tú, en lugar de *Anna Karenina*, la que diga lo de «¿Felicidad? Tú has asesinado mi felicidad... ¡Asesino!».—Su mirada se oscurece.

Me quedo con la boca abierta sin saber qué contestarle. Sabía que lo iba a hacer y, si continuamos así, no tardaré mucho en hartarme. Lo único que necesito es que sonría, que me demuestre que él también está luchando por salir de todo esto. Le atrapo por la nuca una vez más y me arrimo tanto a su rostro que nuestras narices se rozan.

—Tú eres muy tonto si piensas que yo diría eso alguna vez.

—Tan sólo quiero que...

—Sé lo que quieres y lo estás logrando. Pero haz el favor de aplicártelo a ti mismo —le pido en un susurro. Su aliento se funde con el mío. Me muero por besarlo.

—El final de *Anna Karenina* es demasiado triste, Sara. ¿Por qué lees ese libro?

—Es solo ficción, Abel —le recuerdo.

Le suelto y él se aparta, aunque tan sólo un poco. Puedo notar las ganas que tiene de besarme y, por eso, me pregunto por qué no lo está haciendo ya. El Abel de antes lo habría hecho en cuanto atravesó la puerta. Me habría cogido por la cintura, me habría tumbado en el suelo o en la mesa y me estaría haciendo el amor con toda la pasión que alberga en su interior. Sin embargo, el de ahora sólo quiere hablar de asuntos tristes y recrearse en su dolor. ¿Será que se siente culpable?

—¿Por qué crees que Anna se enamoró de Vronsky? —me pregunta de repente.

Me quedo pensativa unos segundos mientras miro las ajadas tapas del libro. Me encojo de hombros. Abel está esperando mi respuesta y parece muy interesado en que se la dé ya.

—No creo que lo estuviese realmente. Lo que pienso es que él representaba todo lo que Anna no podía conseguir en su matrimonio. Vronsky le otorgaba la posibilidad de ser ella misma. Anna podía ser libre y rebelde. Pero, sobre todo, existía una gran pasión entre ellos, una pasión que les hacía arder.

Abel se pasa la lengua por el labio inferior. Se ha quedado pensativo tras mi respuesta. Asiente con la cabeza y a continuación me dedica una intensa mirada, la que me recuerda al Abel que conocí, a aquel que me agarraba de la cintura con tanta posesión, el que me dijo que sería suya, el que se enfadaba al pensar que yo podía ser de otros hombres. Por un momento no me importa que sea ese el Abel que está aquí ahora conmigo; me da igual que sea el celoso y autoritario Abel mientras me demuestre que todo puede volver a ser como antes.

—Sé lo que estás pensando —le digo al cabo de unos segundos.

—¿Ah, sí? —Esboza una sonrisa de sorpresa.

—Pues sí. Te conozco más de lo que piensas. Bueno, al menos en ese tema...

—Pues venga, inténtelo, señorita Holmes —dice, divertido.

—Crees que estoy leyendo este libro porque me siento como Anna Karenina.

La cara le cambia de golpe. Se pone muy serio y la mirada se le oscurece aún más. Precipito el movimiento nervioso de su mandíbula. Alargo una mano y se la acaricio con un dedo. Él cierra los

ojos y suspira. Se la beso de forma juguetona y después subo hasta su oreja.

—Piensas que Eric es para mí como Vronsky, que me escaparé con él en cuanto pueda —le susurro.

Se tensa a mi lado. Los dientes le rechinan. Le estoy haciendo enfadar, pero esa era una de las partes de él que me gustaban. No quiero a un Abel triste, confundido y pesimista. Y, de todos modos, este es otro de los asuntos que le obsesionan y en algún momento debemos tratarlo. Así que, ¿para qué esperar? Lo tomo de la barbilla y giro su rostro a mí. Me mira con los ojos entrecerrados; yo con los míos muy abiertos, con la intención de hacerle ver la realidad.

—Eso no es así, Abel. No siento nada por Eric más que cariño como amigo —le digo en voz baja. Él no responde, tan sólo me observa de manera triste—. Yo te amo sólo a ti y va a ser para siempre. Tú y yo estamos hechos el uno para el otro.

—Para siempre es mucho tiempo —musita en voz baja.

—Será el tiempo que nosotros queramos —le llevo la contraria.

Sonríe de manera disimulada. Alarga una mano y me acaricia la mejilla. Apoyo la mía sobre la suya. Por fin un poco de contacto.

—Es que creo que estoy siendo un egoísta por retenerte aquí. Quizá hubiese hecho mejor dejándote en brazos de Eric.

—¿Te callas o tengo que darte una patada en tus partes como aquella vez? —me río y él se une a mí. Ambos recordamos a la perfección la noche en que me llevó a cenar y casi lo hacemos en los baños del servicio... aunque acabé dándole un golpe por atrevido—. Yo estoy bien aquí. En tus brazos, no en los de nadie más. He dejado todo y he venido aquí por ti. He creído todo lo que me has dicho. —Le doy unos golpecitos en la nariz con el dedo, como si fuese un niño pequeño al que hay que explicarle las cosas muy bien—. Y mira que cualquier otra persona pensaría que esto es una especie de secuestro... Vamos, bien podrías ser un loco que me quiere retener aquí como tú has dicho —me río otra vez.

—Es exactamente eso: tú me tienes loco. —Me acaricia el pelo con una sonrisa. Al menos creo que lo estoy distrayendo.

—Pues entonces demuéstramelo. —Me levanto de súbito del silloncito y le doy a él un empujón para sentarlo. Me mira sorprendido cuando me coloco a horcajadas sobre sus piernas y le cojo de ambas mejillas—. Bésame —le susurro, muy cerca de su rostro.

Llevo sus manos hasta mi cintura y hago que me la rodee. Él obedece a lo que le he pedido y me besa, con mucha suavidad al principio. Separo los labios para recibirlo, para sentir su delicioso sabor en cada rincón de mi boca. En cuanto nuestras lenguas se encuentran, yo ya me empiezo a descontrolar. En cuestión de segundos él también se excita. Me sujeta con fuerza de la cintura y se inclina hacia delante para besarme con más ansia. Sus manos suben por mi espalda, acariciándomela, hasta llegar a la nuca, la cual me cubre con esa posesión que tanto echo de menos en ocasiones. Noto una presión contra mi muslo: es su sexo que ha despertado. Me rozo contra él para excitarlo más. Abel gruñe contra mi boca y me da un mordisco en el labio inferior. Sé que quiere más de mí, pero esta vez soy yo la que me aparto y me levanto, dejándolo con las ganas.

—Quiero jugar —le digo, mirándolo desde arriba. Dirijo los ojos hacia el bulto que ha crecido en su entrepierna. Dios, qué magnífico. Él se levanta y se acerca a mí con una pícara sonrisa, al tiempo que yo doy un paso hacia atrás—. ¿Tienes ganas de mí? —le pregunto, acariciándome el vientre por encima de la ropa.

—Demasiadas —responde. Me atrapa y me empuja contra su cuerpo. Choco con su erección y suelto un gemido.

—Ya era hora —le digo con sarcasmo. Él me mira con la ceja arqueada—. Sé que te sientes triste, pero has estado tres días sin apenas rozarme. Y no sé qué me has hecho, pero yo no puedo pasar más de veinticuatro horas sin tenerte para mí. —Le doy un pequeño empujón para apartarlo. Él sigue todos mis movimientos. Enchufo el portátil y rebusco en la carpeta de música hasta dar con lo que quiero. Me giro hacia él antes de poner la canción—. Quiero que bailemos juntos.

—¿Ahora? —pregunta como si le diese vergüenza.

—Pues sí. Seguro que al público que tenemos le encantará. —Hago un gesto señalando la habitación. Él meneaba la cabeza riéndose.

—¿Y qué quieres que bailemos y cómo? —Ya le ha vencido la curiosidad.

Lo miro con una sonrisa pícara y le doy al play. La sensual melodía de Depeche Mode, con su canción *I feel you*, empieza a sonar. Me quedo quieta, apoyada en la mesa, escrutando a Abel, quien me llama con el dedo, pero yo niego con la cabeza.

—Tú primero —le propongo—. Yo ya he bailado un par de veces para ti. Ahora hazlo tú.

Él me mira con la boca entreabierta, un tanto sorprendido por mi petición, pero enseguida asiente con la cabeza y comienza a menearse al ritmo de la música. «*I feel you. Your sun it shines. I feel you within my mind. You take me there...*». Le observo con una sonrisa. La verdad es que Abel baila muy bien y su cuerpo es perfecto para disfrutarlo, tanto visual como táctilmente. Se deshace del jersey y después me dedica una intensa mirada al tiempo que se desabrocha los botones de la camisa. «*This is the morning of our love*». Me hace un gesto para que vaya con él y esta vez le hago caso. Me arrimo contoneándome y me coloco muy próxima a su cuerpo. Me coge de las caderas y yo las muevo para él de manera sensual. Le abro la camisa y le acaricio el fantástico pecho y el trabajado abdomen.

—*I feel you. Your heart... It sings...* —susurro. Me aprieta contra su cuerpo. Su erección no ha disminuido, más bien al contrario.

—Eres muy tentadora, Sara. Me vuelves loco —me dice con voz grave, agarrándome de las nalgas. Mientras continuamos bailando al ritmo de la música, le bajo la camisa, la cual cae al suelo con suavidad. Le acaricio los hombros sin dejar de mirarlo de manera muy provocativa.

Nos besamos con suavidad. Introduzco la lengua en su boca y juego con la suya. Gimo cuando me clava la erección en el hueso de la cadera. Me froto contra él al compás de la melodía de la manera más sensual posible. Él me levanta los brazos por encima de la cabeza y me saca el jersey. Lo tira al suelo y se muerde el labio al bajar la vista hacia mis pechos desnudos. Intenta acariciármelos, pero se lo impido.

—Sólo estamos bailando... —le digo, haciéndome la remolona.

Me giro dándole la espalda sin dejar de bailar. Rozo mi trasero contra su sexo. Él apoya las manos en mi cintura y se mueve a mi

espalda. Me encanta todo esto. Es demasiado sensual y caliente. Me estoy poniendo a mil con cada uno de sus movimientos. «I feel you... Your precious soul». Abel desliza las manos hasta el botón de mi falda y lo desabrocha al tiempo que me da suaves besos en el cuello. Se lo permito porque me siento tan caliente que necesito sus labios en mí. Paso mi mano por su cuello, le acaricio el cabello, froto mi trasero contra él. Mi falda cae al suelo en un tenue murmullo.

—Joder, Sara, cómo te mueves. Casi parece que estés follando —me dice con la respiración agitada.

Me da la vuelta y alza los brazos para que me deshaga de su pantalón. Los músculos de su vientre se contraen cada vez que se mueve. ¿Cómo sabe bailar de forma tan excitante? Me está tentando con todo su cuerpo, con su mirada, con sus labios, con su piel. Le quito el cinturón lo más rápido posible y desabrocho el botón de su vaquero. Se lo bajo un poco y en cuanto aparece su vientre en V, se me seca la boca. Este hombre me pone demasiado; es increíble lo que me puede provocar con tan sólo la visión de su cuerpo. Pero no es sólo eso, es también un deseo mucho más profundo que despierta en mis entrañas únicamente él.

Le rozo la piel por encima del *boxer*, a lo que él responde con un suave jadeo. Lo miro picarona y le bajo el pantalón, poniéndome de cuclillas ante él. Levanta un pie, después el otro, y lanzo su vaquero por mi espalda. Él no me quita los ojos de encima. Los posa en mis labios, a continuación en mis pechos. Me agarro a sus piernas y voy subiendo por ellas al ritmo de la música, rozándole con mi cuerpo. Cuando paso por su sexo cubierto con el *boxer*, suelta un gemido. No me detengo en él aún, a pesar de que me muero de ganas por metérmela en la boca. Ascendo por su vientre, por su pecho, acariciándole con mis manos, pero también con toda mi piel. Una vez estoy totalmente erguida, le abrazo y me contoneo. «I feel you. Each move you make... I feel you. Each breath you take...». Él coge la cinturilla de mis *leggings* y los echa abajo, imitándome. Se agacha ante mí sin apartar los ojos ni un momento. Su intensa mirada me quema. ¡Sí, joder! Todo mi cuerpo está ardiendo. Mi sexo palpita en el momento en que su nariz me roza por encima de las braguitas.

Gimo sin poder evitarlo. Él sonrío porque ya debe haberse dado cuenta de mi humedad. Pero como yo he hecho antes, no se detiene. Alzo los pies y me saca los *leggings* con delicadeza. Los deja a un lado y empieza a subir, acariciando mis piernas con sus expertas manos. Parece que me esté masajeando. Echo la cabeza atrás cuando me aprieta los muslos. Su nariz vuelve a posarse en mi pubis. Lo noto respirar en él. Continúa subiendo, rozándome el vientre con los labios. Su cara pasa por mis pechos. Me muero por cogerle la cabeza y enterrarla en ellos, pero me contengo. He sido yo la que ha empezado el juego y lo voy a respetar. Por fin se incorpora del todo y me mira con una sonrisa traviesa. «You take me home, to glory's throne. By and by... This is the morning of our love. It's just the dawning of our love».

Ya sólo estamos vestidos con nuestra ropa interior. Nuestros cuerpos están tan calientes que apenas notamos el frío, a pesar de que las temperaturas han descendido mucho estos días y el fuego de la chimenea ya casi se ha apagado. Abel me rodea la cintura con sus brazos y me alza hasta que tan sólo la punta de mis dedos roza el suelo. Me aprieta contra su cuerpo y me hace sentir el palpar de su corazón. Me besa con ardor. Me muerde el labio inferior, lo lame y juega con él. Jadeo contra su boca.

—¿Alguna vez has bailado así con una mujer? —le pregunto casi sin poder respirar a causa de la intensidad de sus besos.

Niega con la cabeza. Su boca se vuelve a cernir sobre la mía, devorándome.

—Sólo contigo, Sara. Eres la única que puede hacer que me excite de esta manera y que juegue a todo lo que quieras.

Le sonrío con picardía. Me revuelvo entre sus brazos para que me deje en el suelo. En cuanto lo hace, corro hacia el dormitorio. Él me persigue, imaginando que quiero continuar el juego. Me observa con curiosidad mientras yo rebusco en una de las maletas. Cuando encuentro lo que quiero, suelto una risita. Alzo el objeto en vilo, zarandeándolo de un lado a otro ante su rostro. Él sonrío y menea la cabeza.

—He creado una pequeña pervertida —dice risueño.

—Fuiste tú el que me las regaló —le saco la lengua.

—¿Quieres que te espose? —me pregunta, acercándose a mí. Observo el bulto que asoma en su *boxer*.

Asiento con la cabeza. Él sonríe, me las quita de las manos y, a continuación, las cierra alrededor de mis muñecas. La presión del metal contra mi piel me pone a cien. Me echo hacia delante para besarlo. En cuanto sus labios tocan los míos, exploto en cientos de cosquillas maravillosas. Me coge en brazos y me lleva hasta el salón para que no pasemos tanto frío. Me deposita en el suelo con mucha suavidad. Me acaricia el pelo mirándome con una intensidad que me provoca un escalofrío.

— Quieres que juegue contigo, Sara?

—S  —respondo con la boca seca a causa de la excitación.

—Vas a tener que hacer todo lo que yo quiera como aquella noche.

Mi mente vuela al juego del p quer. Como perdí, tuve que bailar para él con unas bolas chinas dentro de mí. Luego me hizo el amor de una manera explosiva. Fue una de las experiencias sexuales más increíbles de mi vida. El estómago se me contrae de excitación con tan sólo pensar en aquellos momentos.

—Arrod llate —me dice.

Me quedo un poco parada, sin saber muy bien lo que hacer.  l se da cuenta de mi confusión y se apresura a añadir:

—No tienes que hacer nada que no quieras. No te voy a obligar a algo que no te guste. —Me acaricia la barbilla.

Para que me sienta mejor, me abraza y me besa con ternura. Sus labios poco a poco van consiguiendo que me relaje. Saboreo su excitación. Deslizo la mano por su pecho y su vientre, hasta llegar a su sexo. Se lo acaricio por encima del boxer. Jadea y me aprieta a él con fuerza, mordiéndome el labio inferior. Me suelta y se arrodilla ante mí como me había pedido. Todo mi cuerpo se tensa en cuanto mete dos dedos en la cinturilla de mis braguitas. Me roza deliberadamente con ellos durante todo el camino de descenso hasta mis tobillos. Me ayuda a mantener el equilibrio al quit rmelas. Ahora tengo su rostro justo ante mi sexo desnudo, el cual está ansiando que juegue con él.

—Pequeña, desde aquí puedo apreciar lo mojada que est s —susurra, alzando la vista. Me dedica una sonrisa devastadora. Mi vientre sube y baja a causa de la respiración agitada. No puedo más. Necesito que haga algo ya. Quiero coger su cabeza y atraerla a mi sexo, pero las esposas no me lo permiten.  Maldita sea!

Por suerte, Abel deja de hacerme sufrir y se acerca a mí. Me sujeta de las nalgas y empieza a darme pequeños besos por todo el pubis. Gimo y me retuerzo con tan sólo eso. Oh, Dios, estos días sin tenerlo para mí han sido horribles. Todo mi cuerpo estaba anhelándolo y ahora que lo tengo, no sé cuánto voy a poder aguantar. Siento que casi estoy a punto de explotar, pero no quiero que sea todo tan rápido; me gustaría disfrutar de todo el placer que me puede dar.

—Tu sabor me pone tremendamente cachondo, Sara. —Pasa un dedo por mi vagina, rozándome la entrada, y a continuación se lo lleva a la boca y lo chupa. Yo lo miro mordiéndome los labios para no estar gimiendo todo el rato como una loca.

Entonces, para mi sorpresa, se tumba bocarriba en el suelo. Me indica con el dedo que vaya a él. Yo me acerco, pensando que quiere hacerlo ya, pero niega con la cabeza.

—Ponte a cuatro patas sobre mí, pero al revés. —Me mira con una sonrisa ladeada. No puede ser más atractivo, joder—. Quiero tener tu precioso coñito ante mi cara.

Mi sexo palpita con esa frase tan caliente. Imagino que quiere hacer un sesenta y nueve y para mí será la primera vez, pero con él todo me parece demasiado excitante. Me ayuda a colocarme tal y como me ha dicho. Con las esposas es más difícil, pero consigo mantener el equilibrio. Él alza el trasero y se baja los *boxer* hasta quitárselos. Su magnífico sexo se muestra ante mi rostro. Sin poder contenerme más, me inclino con las manos a la espalda y lamo la punta. Él suelta un gemido y se echa hacia arriba. Intento metérmela en la boca y cuando lo consigo, empiezo a mover la cabeza hacia arriba y abajo. Abel jadea y me clava los dedos en las nalgas.

—Nena, Dios... qué... boquita... tienes —dice entre gemidos, casi sin poder hablar.

En ese momento uno de sus dedos se desliza por mi sexo. Me separa los labios y a los pocos segundos noto su lengua en ellos. Meneo el trasero de un lado a otro ante el torbellino de placer que me provoca. Me lame el sexo con precisión, recorriendo cada uno de mis rincones. A continuación introduce un dedo en él, arrancándome un gritito ahogado porque aún tengo su pene en mi boca. Lo chupo con ansia, metiéndomelo todo lo que puedo. Él

jadea en mi sexo. Me está devorando por completo y cada vez me deshago en más oleadas de placer. Saco su erección de mi boca y digo entre gemidos:

—Abel, joder... Si sigues así... No podré aguantar más...

—Es lo que quiero, pequeña —responde. No cesa de meter y sacar su dedo de mi vagina. Después lo mueve en círculos otorgándome un placer indescriptible. Quiero ofrecerle lo mismo, así que vuelvo a lamer su glande, lo rodeo con la punta de mi lengua y a continuación me meto su sexo una vez más. Él busca mi clítoris y en cuanto lo encuentra, le da un suave mordisco. Yo grito de la sorpresa. Las olas de placer se van acercando cada vez más. Meneo el trasero, acercándolo más a su cara. Él me lo coge y me lame con más ansias. Yo hago lo mismo con su sexo, el cual palpita en mi boca, avisándome de que tampoco le queda mucho.

—Abel... Abel... —gimo.

—Eso es, Sara. Quiero que te corras en mi boca. Déjame saborearte.

Su voz ronca y tintada de matices de placer, su frase tan caliente y su lengua y dedos en mi sexo, logran que me desborde en cuestión de segundos. Aprieto mis labios contra su erección en cuanto siento el orgasmo llegar a mí. Todo mi cuerpo se contrae y exploto en cientos de lucecitas de placer. Los gritos se me ahogan cuando él también estalla en mi boca. Me llena y yo paladeo su sabor. Lo saco de mi boca al ver que no puedo más y me mancha los labios. Todo esto es muy sucio pero tan excitante que no puedo evitar gritar una y otra vez. Su lengua no me da tregua hasta que se me pasa el orgasmo. Y él tampoco me la da porque en cuestión de segundos me hace girar, colocándome a mí debajo.

—Y ahora —me clava su oscurificada mirada. Yo me muerdo el labio inferior—, te voy a follar como más te guste.

—Muy fuerte —respondo en voz baja.

Él sonrío y me acaricia la cara. Se inclina sobre mí y me besa con suavidad, saboreando su semen. Pero después me agarra del culo, levantándomelo, y se coloca en mi entrada. Su sexo ya está tan dispuesto como antes a pesar de haberse ido hace tan sólo unos segundos. Se da cuenta de lo sorprendida que estoy y esboza un gesto de orgullo.

—Esto es por ti. Porque me pones como nadie. Te deseo tanto que me parece que algún día explotaré. Te voy a follar hasta que tiemble todo tu cuerpo.

—Quítame las esposas, por favor. Quiero tocarte –le pido.

Él se marcha y regresa pocos segundos después con la llave de las esposas. Me las quita y las deja a nuestro lado. Me contoneo en el suelo bajo su cuerpo, esperando a que me haga lo que quiera. El suave pelo de la alfombra me hace cosquillas en la espalda y el trasero. Paso las manos por su cuello y me aferro a él, atrayéndolo a mí para besarlo. Me coge de los muslos mientras nuestras bocas se devoran. Me abre de piernas y se coloca entre ellas. Yo arqueo el cuerpo tratando de conseguir que se meta ya en mí. Lo deseo tanto, joder. En cuanto la punta de su erección roza mi clítoris, grito. Él me pone un dedo sobre los labios y, sin darme ni tiempo a respirar, se introduce en mí de manera violenta. Me provoca dolor, pero al mismo tiempo un placer indescriptible y es de la única forma que quiero sentirlo. Se queda quieto unos segundos, dejando que mi sexo se habitúe al suyo.

—Más, Abel, por favor... –le ruego lloriqueando. Me retuerzo bajo su fuerte pecho.

Él niega con la cabeza y se desliza un poco hacia abajo, con lo que su pene sale de mí. Me hace sentir vacía y le maldigo por dentro. Se concentra en mis pechos: lame primero un pezón, luego el otro, mientras dos de sus dedos me pellizcan el otro. Cuando me sopla en ellos, creo que voy a morir. Lo cojo de los riñones y lo pego a mí. Él suelta una risita y me susurra que soy una impaciente. Asiento con la cabeza y le beso, revolviéndole el cabello, cogiéndole unos cuantos mechones rebeldes. De nuevo se mete en mí, esta vez de manera más suave. Lo noto avanzar entre mis paredes, haciéndose hueco en ellas. Cuando lleva más de la mitad, acaba de introducirse de forma brusca. Suelto un grito, arqueando la espalda. Le rodeo la cintura con las piernas y me empiezo a mover al ritmo de sus embestidas. Cada vez nos aceleramos más y ambos gemimos al unísono.

—Sara, no... sabes... cuánto te amo –me dice entre jadeos.

—Y yo a ti –respondo, abrazándome a él con toda la fuerza que tengo.

Lo miro a los ojos mientras continúa saliendo y entrando a mí. Sus sacudidas me acercan a él cada vez más. El sexo parece ser la única manera que tiene de confesarme todo lo que le asusta y atormenta. Es la forma más hermosa de decirme lo mucho que me ama. Para mí el sexo con él ya no es sólo eso, sino algo que hace que me descomponga en miles de pedazos de luz. Siempre soy un astro cuando estoy entre sus manos. No hay nada de malo en ello: sé que hemos nacido para hacerlo, que nuestros cuerpos se modelaron con la intención de unirse una y otra vez.

Me penetra de forma brusca. Sus caderas chocan contra las mías. Clavo mis talones en sus riñones, mis uñas en su espalda. Apoyo la cabeza en su cuello, olfateándolo.

—Me voy, cariño. No aguanto más.

—Sí... Hazlo, por favor... Hazlo... —jadeo en su piel.

Él me penetra un par de veces más de manera brusca. Me coge de la barbilla para alzarme la cara y que lo mire. Le encanta que lo haga cuando se va a ir, y a mí me gusta hacerlo porque me veo reflejada en sus ojos y comprendo lo mucho que me necesita. Su sexo palpita en mi interior, bombea y me presiona. Contraigo las paredes al sentir que las olas se me avecinan una vez más. Él se corre antes que yo y me llena toda. Pero como se ha dado cuenta de que yo todavía no lo he hecho, continúa penetrándome al tiempo que me acaricia el clítoris con un dedo. Bastan unos pocos roces para que mi cuerpo vibre entero. Acelero los movimientos y esta vez me corro en su sexo y en su mano. Siento que abandono mi cuerpo, que todo esto no puede ser tan real porque toda mi piel tiembla para él tal y como me había dicho.

Una vez terminamos, nos quedamos abrazados un buen rato. Cuando me canso de tener su peso sobre mí, se coloca a mi lado en la alfombra. El fuego de la chimenea se ha apagado y yo empiezo a sentir frío, pero él me atrae a su cuerpo y me abraza con fuerza. Me besa en la frente con una ternura que me sobrecoge. Cierro los ojos, con una mano apoyada en su pecho.

—Por favor, Abel, que todos los días que estemos aquí sean como este a partir de ahora —le ruego en voz bajita.

—Te lo prometo —susurra contra mi pelo.

Deseo creerle, pero hay algo en mí que me dice que sus pesadillas y sus obsesiones no han terminado.